

4.º El vendedor garantizará, por un depósito en vales de deuda del Gobierno inglés, el cual será aprobado por los accionistas y confiado á los Síndicos, un dividendo mínimo por tres años de £ 12 por 100 anual, pagadero por trimestres á la presentación de los cupones anexos á los títulos de las acciones.

5.º Los socios participarán de todas las ganancias de las minas &c. desde la fecha en que corran á cargo de la Compañía, calculadas por la regular presente renta (se tomará por base el término medio de la renta de los dos últimos años), sin tener en cuenta el aumento que se presupone pueden producir trabajos adicionales hasta llegar al monto de un dividendo del 20 por 100 sobre el capital total de £ 75,000.

El informe del señor Clemens, que há poco inspeccionó las minas; los mapas y planos de las propiedades; el contrato celebrado el 6 de diciembre de 1872 entre Percy Brandon por una parte, y por la otra C. W. Carpenter; y el memorandum y artículos de la asociación, pueden verse en la oficina del procurador de la Compañía, Mr. Walter Webb, número 27, Gresham-Street, E. C.

Prospectos completos y esqueletos para extender pedidos de acciones, se obtendrán del Secretario, de los banqueros ó en las oficinas de la Compañía, y pueden ser enviados a las citadas oficinas sin necesidad de acompañar á ellos depósito alguno.

GRACIAS SEMITAS O SERIEDADES GRACIOSAS.— Pueden leerse en el *Diario de Cundinamarca* que, con toda gravedad, cuenta que el maestro alemán Hotschick ha recibido varios anónimos en que se le amenaza, y publica uno de ellos, en que un padre de familia le asegura al alemán que si "la Alemania entera viene, nos la sorberemos como un huevito." Estas cosas no las dicen los católicos, sino que las fraguan por vía de intriga, para desacreditarnos, los liberales que en un momento en Tmija le declararon la guerra á Napoleon III. Lo que nos hace gracia es la seriedad con que el *Diario* nos endosa la especie ultra-tunjana.

El Tradicionista.

BOGOTÁ, 18 DE FEBRERO DE 1873.

ESCUELAS POPULARES.

(Artículo traducido expresamente para *El Tradicionista*.)

F1138

(Continuación.)

Observaremos en primer lugar que la escuela popular católica, aunque esté enteramente sometida al Estado y no haya podido defenderse de la influencia del siglo, es todavía muy diferente de la escuela protestante moderna así por su constitucion como por su naturaleza y régimen, porque la Iglesia no ha renunciado nunca al principio en virtud del cual le pertenece la autoridad doctrinal, y por lo mismo en su seno no pueden los laicos dar la enseñanza religiosa sino con autorizacion suya y bajo su direccion y deben por consiguiente recibir de ella su mision. Ademas la Iglesia ha protestado enérgicamente, siempre y en donde quiera, así contra la emancipacion de las escuelas arrancadas á su direccion y vigilancia como contra la secularizacion de los estudios, y esas protestas han sido maravillosamente sostenidas por su organizacion, por su inmutable jerarquía y por la misma te del institutor que, si es católico no se cree bajo ningun respecto, igual al superior eclesiástico en quien respecta no sólo al inspector de la escuela sino al sacerdote.

Puede decirse, pues, sin temor de exagerar que, por punto general, se encuentra más subordinacion y sentido religioso en los institutores católicos que en los protestantes, cosa que se vió, por ejemplo, en Prusia en 1849 cuando se celebraron allí conferencias provinciales y cantonales para estudiar y comunicar á la autoridad superior las necesidades del cuerpo de institutores. Vióse entónces casi donde quiera á los maestros protestantes, presididos por los subdirectores alumnos de teología, reclamar la emancipacion, así como se vió á los maestros católicos en las reuniones que tuvieron lugar en los cantones mixtos, combatir siempre ó casi siempre las proposiciones revolucionarias. Hubo sin duda excepciones: en muchos puntos el mismo clero católico con sus maestros y sus escuelas se apresuró á someterse con docilidad, pereza ó desaliento indisculpables, al imperio de las circunstancias, y en otros los católicos se abandonaron al soplo del siglo y adoptaron sistemas poco eclesiásticos, pero estas excepciones no infirman el hecho general.

La escuela católica tiene todavía otra ventaja: que en todas partes reposa con la Iglesia sobre un terreno histórico y sólido, de modo que al enseñar la religion, punto cardinal de toda su instruccion, puede emplear un método positivo sin verse arrastrada por la historia al dominio de la polémica y de la negacion. Ya hemos visto cuánto tuvieron que sufrir la moralidad y la fe cuando las disputas de los teólogos se introdujeron en las escuelas, y hoy mismo no vemos qué provecho positivo pueda obtenerse de mantener con dudas á la juventud, que ante todo necesita de autoridad y de fe.

La Iglesia católica no está en el caso de apelar á simples presunciones para defender su existencia y por eso su autoridad doctrinal imprime profundamente su palabra en los corazones de sus alumnos, y la historia, y la antigüedad venerable de la Iglesia y la plenitud y riqueza de su culto vienen á corroborar esa impresion de las verdades religiosas. La Iglesia católica debe considerarse como la verdadera institutora de la humanidad en virtud de la conciencia que tiene de su origen divino, y no ver por lo mismo en la escuela sino una hija, auxiliar subordinada suya, muy importante en verdad, pero no tanto que se forme de ella y de su poder la alta opinion que otros, ni que funde en su influencia exageradas esperanzas. Por el contrario, siempre ha obligado á la escuela á reconocer la autoridad divina de que la misma Iglesia está investida y á buscar su vida, su fuerza y su crédito entre los pueblos por medio de su íntima union con ella, y por esto los progresos en la escuela católica nunca han sido precipitados sino apacibles, calmados y sólidos conforme á la palabra del apóstol: "Experimentad bien todas las cosas y conservadlas bien." Por esto ha conservado una actitud reservada en presencia de las nuevas doctrinas filosóficas, cuyo origen y efectos considera para no admitirlas sino cuando esté bien cierta de que no amenazan ni la fe ni las costumbres. Nunca ha sido partidaria de los muchos experimentos, y gracias á esa prudente reserva jamás se ha visto obligada á volver sobre sus pasos, ni á echar de ménos pretendidos

progresos, ni á deshacer al dia siguiente las prescripciones encomiadas y los métodos ponderados la vispera, y ha podido evitar las numerosas oscilaciones que turban y desalientan á los maestros anulando con frecuencia sus esfuerzos.

Las ventajas que sobre las escuelas no católicas conserva la escuela popular católica, unida á la Iglesia y segura de su concurso, le han acarreado más de un adversario y las censuras no sólo de los protestantes sino de los mismos católicos. Por nuestros enemigos conocemos con frecuencia nuestros defectos y por eso es conveniente estudiar sus acusaciones y examinarlas imparcialmente; tal vez haciéndolo reconocemos la exactitud de aquella proposicion de Radowitz segun la cual la critica del enemigo, sea cual fuere, tiene siempre algo de justa, pero si esa observacion no es bien fundada, tanto mejor para nosotros.

El primer cargo que se hace á la Iglesia y al clero es el de no favorecer las escuelas, poner obstáculos á sus progresos y mirarlas mal lo mismo que á los institutores.

Es evidente que la Iglesia y sus ministros no pueden ménos de mirar como una institucion contraria á su objeto esa escuela moderna que cada dia se aleja más de Jesucristo, que se cree llamada á formar por sí sola el pensamiento de los niños y alimentarlo únicamente con una multitud de concimientos, útiles cuanto se quiera pero nada más que útiles; y si á esto se agrega la idea exagerada que los institutores forman de su posicion; de su influjo sobre la civilizacion en general y la presuncion que tal idea engendra en ellos, no sorprenderá que el clero se haya retirado de la escuela, sobre todo cuando se ha visto mal sostenido por la autoridad civil, cuando se le han disputado hasta los restos de la influencia legal que le habian dejado.

Pero á pesar de esto el cargo de indiferencia ó de hostilidad no puede dirigirse á la generalidad del clero, pues muy al contrario la historia imparcial de las escuelas modernas da á conocer la predileccion con que la Iglesia católica y sus ministros se han ocupado de la enseñanza popular dondequiera que las circunstancias se lo han permitido. ¿Quién no ha oido hablar del abate L'Épée, del abate Sicard, de Overbeg, Kindermann, Félbiger, Graser, Girard, Demeter, Gruber, Sailer, Hergenröther, Galura, Gehring y tantos otros? ¿Puede hallarse mayor interes por la juventud que el de los *Hermanos de las escuelas* y las *Hermanas consagradas á la educacion*?

Se acusa á las escuelas católicas de no admitir el progreso ni formar á los niños para la vida del mundo.

Ya hemos respondido á esta objecion. La escuela popular católica ama y realiza el progreso, pero no lo quiere fuera de la Iglesia ni de los límites positivos y ciertos que la Iglesia le asigna; no se cuida de conocer las vanas especulaciones que alejan de la fe revelada; rechaza ese cristianismo superficial, abstracto y humano, sin doctrina positiva, sin autoridad infalible y absoluta, que va cundiendo en el mundo; se atiene al principio de que como es la fe así es la vida, y por eso considera la educacion reli-

Vuélvase contra ella
Italia muchedumbre,
Y cuenta le demande
De la extinguida estrella
Que ya no vierte lumbre.

¿Qué sabe el mundo, oh bella Fornarina,
De la doliente sombra funeraria
Que envolvió tu vivir; ni cómo, al triste
Destello de la tarde, solitaria
Y en jornada constante, en paso lento,
Opreso el corazon, el alma en luto,
A la santa Rotonda caminabas,
Y siempre en el marmóreo pavimento,
De tu inmortal amor tierno tributo,
Una flor y una lágrima dejabas?
¿Qué supo nunca, á maldecir dispuesto

UN RECUERDO DE LA PATRIA.
A LA SEÑORITA DOÑA
JOSEFA M. JURADO.

52
¿Porqué cuando tu dulce imagen se pinta
con colores de rosa en mi memoria, el pecho se
me oprime; oh patria! y se arrasan en tiernas
lágrimas mis ojos? Entónces me parece que
veo tu limpio cielo azul, tus altos montes, tus
vastas soledades; ó que me abrazan los rayos
de tu sol de fuego al mediodía; ó que siento y
respiro en la alborada el suave aliento de tus
auros.
Yo he visto muy distante de ti otro mundo,
donde el hombre, rey de la naturaleza y de las
artes, ha sometido la una y las otras á su

adures de beduinos en las llanuras. Tú no
tienes tronos; ni jamás has visto el beato es-
plendoroso de los grandes.

¿Porqué, pues, ¡oh patria! se pinta tu imá-
gen con colores de rosa en mi memoria, y al
pensar en tí, el pecho se congaja, se me oprime,
y arránsan en dulces lágrimas mis ojos?

¿Porqué? Porque en tu suelo conocieron
mis padres el amor, y fui yo primero y dulce
fruto de su union; porque mis ojos á la luz de
tu cielo y de tu sol se abrieron: porque tú oíste
mis tempranos suspiros; y mis lágrimas, precu-
soras ¡ay! de tantas otras, mojaron tu regazo;
porque hijos tuyos eran tambien los dulces
niños con quienes altivo, alegre, ulano, canté la
aurora de la vida; porque hijas tuyas erau tam-
bien las tiernas niñas á quienes mi corazon, dor-
mido todavia, pagó el primer tributo de su
afecto: flor de amor lozana, pura y olorosa,

or de exagerar
uentra más su-
en los instituta-
antes, cosa que
en 1849 cuan-
s provinciales
omunicar á la
les del cuerpo
es casi donde
tes, presididos
e teología, re-
no se vió á los
es que tuvieron
combatir siem-
ones revolucio-
iones: en sus
tológico con su-
uró á someterse
nto indisculpas-
cias, y en otros
oplo del siglo
siásticos, pero
hecho general.
vía otra ventan-
con la Iglesia
lido, de modo
to cardinal de
lear un método
r la historia al
negacion. Ya
e sufrir la mo-
tas de los teó-
ucuelas, y hoy
positivo pueda
s á la juventud,
dad y de fe.
en el caso de
sta defender su
idad doctrinal
bra en los co-
historia, y la
sia y la pleni-
m á corroborar
religiosas. La
e como la ver-
idad en virtud
origen divino,
ucuela sino una
muy importan-
e se forme de
ion que otros,
ageradas espe-
ra ha obligado
idad divina de
ida y á buscar
ntre los pueblos
a con ella, y
escuela católi-
sino apacibles,
la palabra del
todas las cosas
ha conservado
cia de las nue-
rigen y efectos
no cuando esté
ni la fe ni las
rtidaria de los
á esa prudente
da á volver sos-
pretendidos

progresos, ni á deshacer al dia siguiente las
prescripciones encomiadas y los métodos pon-
derados la vispera, y ha podido evitar las nu-
merosas oscilaciones que turban y desalientan
á los maestros anulando con frecuencia sus
esfuerzos.

Las ventajas que sobre las escuelas no cató-
licas conserva la escuela popular católica, uni-
da á la Iglesia y segura de su concurso, le han
acarreado más de un adversario y las censuras
no sólo de los protestantes sino de los mismos
católicos. Por nuestros enemigos conocemos
con frecuencia nuestros defectos y por eso es
conveniente estudiar sus acusaciones y exami-
narlas imparcialmente; tal vez haciéndolo re-
conozcamos la exactitud de aquella proposicion
de Radowitz segun la cual la critica del enemi-
go, sea cual fuere, tiene siempre algo de justa,
pero si esa observacion no es bien fundada,
tanto mejor para nosotros.

El primer cargo que se hace á la Iglesia y al
clero es el de no favorecer las escuelas, poner
obstáculos á sus progresos y mirarlas mal lo
mismo que á los institutores.

Es evidente que la Iglesia y sus ministros no
pueden ménos de mirar como una institucion
contraria á su objeto esa escuela moderna que
cada dia se aleja más de Jesucristo, que se cree
llamada á formar por sí sola el pensamiento de
los niños y alimentarlo únicamente con una
multitud de conocimientos, útiles cuanto se
quiera pero nada más que útiles; y si á esto se
agrega la idea exagerada que los institutores se
forman de su posicion, de su influjo sobre la
civilizacion en general y la presuncion que tal
idea engendra en ellos, no sorprenderá que el
clero se haya retirado de la escuela; sobre todo
cuando se ha visto mal sostenido por la autori-
dad civil, cuando se le han disputado hasta los
restos de la influencia legal que le habian
dejado

Pero á pesar de esto el cargo de indiferencia
ó de hostilidad no puede dirigirse á la genera-
lidad del clero, pues muy al contrario la his-
toria imparcial de las escuelas modernas da á
conocer la predileccion con que la Iglesia cató-
lica y sus ministros se han ocupado de la
enseñanza popular dondequiera que las cir-
cunstancias se lo han permitido. ¿Quién no ha
oído hablar del abate L'Epée, del abate
Sicard, de Overbeg, Kindermam, Felbiger,
Graser, Girard, Demeter, Gruber, Sailer,
Hergenröther, Galura, Gehring y tantos otros?
¿Puede hallarse mayor interes por la juventud
que el de los *Hermanos de las escuelas* y las
Hermanas consagradas á la educacion?

Se acusa á las escuelas católicas de no admitir
el progreso ni formar á los niños para la
vida del mundo.

Ya hemos respondido á esta objecion. La
escuela popular católica ama y realiza el pro-
greso, pero no lo quiere fuera de la Iglesia ni
de los límites positivos y ciertos que la Iglesia
le asigna; no se cuida de conocer las vanas espe-
culaciones que alejan de la fe revelada; rechaza
ese cristianismo superficial, abstracto y huma-
no, sin doctrina positiva, sin autoridad infalible
y absoluta, que va cundiendo en el mundo; se
atiene al principio de que como es la fe así es
la vida, y por eso considera la educacion reli-

giosa como punto capital, y mira todo progreso
que aleje de ella como un paso retrógrado hácia
el reino de las tinieblas. Dar educacion cristia-
na é instruccion cristiana no es sólo formar hom-
bres piadosos para la Iglesia sino tambien hom-
bres sólidos para el mundo. La educacion cristia-
na no excluye ningun conocimiento que
pueda ser útil en la vida, pero quiere que todos
los que se adquieran reposen sobre una base
cristiana y que la vida entera esté animada por
el espíritu cristiano; tiende á formar no devo-
tos, no gazmoños, no rezaderos, sino hombres
instruidos que, al propio tiempo que sepan todo
lo que puede serles necesario para la vida del
mundo, sean guiados, alumbrados, sostenidos,
así en su saber como en su conductz, por el
genio del cristianismo.

* Se echa en cara por último á las escuelas
católicas que abitan á los niños á obedecer á
la Iglesia pero no al Estado, y que les incul-
can sus deberes como celosos católicos pero
no como leales ciudadanos. Para responder á
esto bastan dos palabras: la educacion que hace
un sincero católico forma por el mismo hecho
un súbdito fiel y sumiso, un ciudadano leal y
abnegado: la Iglesia enseña á dar al César lo
que es del César bien que reclame para Dios
lo que es de Dios; es el solo poder que lucha
directa y resueltamente con las pasiones y los
caprichios del hombre; es la escuela de la auto-
ridad, de la obediencia y del respeto, y por
eso la escuela popular dirigida por su espíritu
viene á ser un semillero de virtudes cívicas al
propio tiempo que de virtudes religiosas.

Sólo nos falta ya decir unas palabras sobre
lo que el estado actual de la sociedad exige de
la escuela é indicar los caminos y los medios
por los cuales ésta puede corresponder á su
mision en las difíciles circunstancias en que se
encuentra é imponer silencio á sus adversarios.

Sea cual fuere la situacion política de los
Estados es cierto, no obstante lo dicho, que en
todas partes se ha dejado á la Iglesia una in-
fluencia notable sobre las escuelas populares,
tanta que puede asegurarse que en algunos pun-
tos de Alemania la escuela es más en teoría que
de hecho establecimiento público, habiendo
conservado la Iglesia sobre su espíritu, vida y
direccion una influencia de las más notables y
decisivas, influencia que en los últimos tiem-
pos ha crecido en vez de disminuir, porque la
experiencia ha convencido á todos los Gobier-
nos de que la piedad hace excelentes súbditos,
de que fortificar á la Iglesia es fortificar la vida
social y consolidar la autoridad política. Pero
los adelantos y extravíos de la civilizacion mó-
derna exigen del clero, no sólo que tenga en
sus manos la direccion de las escuelas sino que
tome en ellas vivo interes, no sólo que las ins-
peccione sino que posea los conocimientos teó-
ricos y prácticos que corresponden á las necesi-
dades de las escuelas actuales; es preciso que
el clero joven estudie la pedagogia y no des-
cuida ninguno de los métodos más ó ménos
perfectos que las investigaciones científicas y la
experiencia han puesto en boga.

Hay sin duda en el clero como entre los
laicos hombres nacidos para institutores y que
sin gran trabajo ni mucho estudio pueden ha-
cer importantes servicios, pero esos mismos los

harian m
y el arte
tónces ma
autoridad
ra y prof
tados po
de la pe
tarse com
fondo de
podrian
cicios prá
tigos y ju
especialm
Dursch, M

El sacc
tos en la
ayude al

y con celo
vez tendrá
presuncio-
ciones, no
esos obstá
sabrán cor
intencion
cion, dor
dese obed
de la cont
cerdote s
sobre tod
carácter ó

nuestro m
cen bien
do, se hat
cura le hu

benevol
minos por
y amigabl
ras. ¿Qué
amable so
se á la mer
viar al inst
libros que
han forma
á la dulza
rezar la ca

Uno de
llamar la a
para la esc
mucho qu
migo en la
en el apris
cuelas y s
lectura, lo
nes de cár
católicas,
subsistirá
tas para ca
no esté en
y no sea d
católicos.

este punto
los católic
ido tan léj
diarios de
mentales c
clero dirij

* Puede v
Mgr. Dupan
sobre enseñar
Rochele.

PATRIA.

SA
RADO.

igen se pinta
ria, el pecho se
asan en tiernas
que parece que
os montes, tus
azan los rayos
ó que siento y
diente de tus

aduares de beduinos en las llanuras. Tú no
tienes tronos; ni jamas has visto el bosteo es-
plendoroso de los grandes.

¿Porqué, pues, ¡oh patria! se pinta tu imá-
gen con colores de rosa en mi memoria, y al
pensar en ti, el pecho se congela, se me oprime,
y arrisanse en dulces lágrimas mis ojos?

¿Porqué? Porque en tu suelo conocieron
mis padres el amor, y fui yo primero y dulce
fruto de su union; porque mis ojos á la luz de
tu cielo y de tu sol se abrieron: porque tú oiste
mis tempranos suspiros; y mis lágrimas, precu-
soras ¡ay! de tantas otras, mojaron tu regazo;
porque hijos tuyos eran tambien los dulces
niños con quienes nltivo, alegre, ufano, canté la
aurora de la vida: porque hijas tuyas eran tam-

en la lista de los que el mundo llama grandes?
Detras del poder de esas naciones renombradas
marcha un inmenso cortejo de afligidos ciuda-
danos cuyos harapos ensucian los arriños y
diademas reales; cuya hambre maldice la sa-
ciadad del poderoso. Para un corto número de
elegidos se ha hecho allí el pasto del cuerpo y
del alma, la tierra y el cielo: los demas, en nú-
mero de muchos millones, sirven á esos otros co-
mo la tierra sirve al arado, el arado al buey, el
buey al hombre. Mira sus glorias; qué son sino
cruentas vanidades? Mira sus vanidades; de
qué sirvieron sino de atraer la humillacion que
les impuso el extranjero? Y esa prepotencia
con tanto afan comprada, de tantas usurpacio-
nes conmuista y tan costosa al pueblo ¿qué ha

que remed
liscos de p
patria! co
que ni el tí
do los mon
más durad
allí están e
cielo tu cel
tad diadema
Páez. Mira
para prote
¡Salve, t
ra de mis
ti me unon
te y lo futu
liven y ana

harian más eminentes si estudiasen la ciencia y el arte de la pedagogía. Sus miras serían entonces más extensas, su práctica más sólida, su autoridad más segura, su influencia más duradera y profunda; y los que están menos bien dotados por la naturaleza sacarían del estudio de la pedagogía la ventaja de poder presentarse como inspectores de las escuelas con un fondo de conocimientos teóricos á favor del cual podrían fácilmente darse cuenta de los ejercicios prácticos de que eran llamados á ser testigos y jueces. Con este fin les recomendamos especialmente las obras de Sailer, Demeter, Dursch, Kohler y Kottels. (*)

El sacerdote que tenga sólidos conocimientos en la pedagogía teórica y práctica, que ayude al institutor con predilección marcada y con celo que éste no pueda desconocer, rara vez tendrá ocasión de quejarse de su hostilidad ó presunción, y si descubriere en él tales condiciones, no le costará mucho trabajo dominar esos obstáculos con la ciencia y la autoridad; sabrá conducirlo é instruirle penetrando sus intenciones, poniéndose al nivel de su educación, dominándole por la convicción y haciéndose obedecer por medio no de la fuerza sino de la confianza. Es muy frecuente que el sacerdote se mantenga distante del institutor, sobre todo cuando advierte en él defectos de carácter ó disposiciones hostiles á la Iglesia; á nuestro modo de ver los que así obran no hacen bien; más de un institutor se habría salvado, se habría hecho hijo fiel de la Iglesia, si el cura le hubiese buscado, le hubiese manifestado benevolencia, le hubiese atraído á mejores caminos por medio de buenas palabras, de útiles y amigables advertencias, de saludables lecturas. ¿Qué no puede un superior benévolo y amable sobre sus subordinados? Si el cura trajese á la memoria las causas que han podido extravíar al institutor, los maestros que ha tenido, los libros que ha leído, las preocupaciones que le han formado, se inclinaria más á la indulgencia, á la dulzura, se sentiria más dispuesto á enderezar la caña torcida que á romperla.

Uno de los importantes objetos que deben llamar la atención del sacerdote son los libros para la escuela y para el maestro. No hace mucho que el clero hospedaba todavía al enemigo en la propia casa y le introducía él mismo en el aprisco; no hace mucho que en las escuelas y seminarios abundaban los libros de lectura, los compendios de historia y colecciones de cánticos debidos á plumas muy poco católicas, y el peligro que este descuido apareja subsistirá mientras las escuelas no sean distintas para cada confesión, mientras la instrucción no esté en completa armonía con la doctrina y no sea dada por libros pura y esencialmente católicos. Los protestantes no muestran en este punto ni la tolerancia ni la seguridad de los católicos, tolerancia peligrosa que habia ido tan lejos que apenas habia quien leyese los diarios de pedagogía católica y los libros elementales católicos. Es preciso, pues, que el clero dirija su atención á este punto. La pren-

* Puede verse también el tratado de la Educación de Mgr. Dupanloup, Obispo de Orleans, y las diversas obras sobre enseñanza, del abate Landriot, hoy Obispo de la Rochela.

sa y la actividad literaria son potencias que extienden cada día su dominación; pluguiese á Dios que el vuelo que ha tomado la literatura teológica entre los católicos de treinta años á esta parte se extendiese á la pedagogía y á la ciencia de las escuelas y que laicos y sacerdotes se ayudaran y fortificaran mutuamente por medio de una santa y saludable emulación.

KELLNER

ADICION DEL TRADUCTOR.

El importante artículo cuya traducción acabamos de dar ha sido tomado de un diccionario de teología católica publicado primitivamente en alemán, y bien se ve que desde la época á que él se refiere la cuestión "Escuelas" ha cambiado de aspecto, porque la pretension de los Gobiernos no se reduce ya á relegar á un lugar secundario la instrucción religiosa sino á suprimirla del todo y quitar al clero hasta el último resto de la influencia que le habia quedado.

En Alemania, punto á que el articulista se refiere principalmente, el príncipe de Bismark se ha empeñado en llevar la secularización mucho más allá de lo que pensó Federico II, quien, volteriano como era, mostró no obstante mayor juicio y tolerancia que los modernísimos reformadores. En el resto del mundo el poderoso canciller ha encontrado innumerables payasos.

Este último paso, consecuencia forzosa de las doctrinas liberales conforme á las cuales las sociedades humanas no tienen nada que ver con la religión ni con Dios, no podía darse sin que la Iglesia, guardian de los intereses morales de la humanidad, saliera al encuentro de los novadores. De aquí la encarnizada lucha entre ella y los partidarios de la instrucción laica.

El protestantismo, primera gran rebelion contra la autoridad y la existencia de la Iglesia, dió principio á la emancipación; el racionalismo, última y suprema rebelion, aspira á darle fin.

La escuela emancipada en el Estado emancipado, dijo el primero: la escuela atea en el Estado ateo, clama el segundo; y como la Iglesia no ha aceptado ni puede aceptar el ateísmo social, no acepta tampoco el ateísmo pedagógico que es su natural consecuencia. De aquí el que entre nosotros la cuestión no haya podido plantearse claramente: no hay terreno comun en que los católicos y los neo-instruccionistas podamos ventilarla con esperanza de entendernos aun cuando de una y otra parte pueda haber buen deseo, porque unos y otros partimos de principios diametralmente opuestos: para la Iglesia la educación es el aprendizaje de la vida y la vida una preparación para la eternidad; para el racionalismo la eternidad ó no existe ó es un problema tan oscuro, tan insoluble, que no debe ni pensarse en él; para la Iglesia, que tiene por base de sus doctrinas el espiritualismo cristiano, la enseñanza cardinal, la base indispensable de toda educación es la enseñanza dogmática y práctica de la religión: para el racionalismo liberal, que tiene por base el materialismo, esa enseñanza, que no da medios de buscar fortuna ó de brillar en el mundo, es superflua cuando no dañina.

Nosotros decimos: la instrucción sin la educación moral es insuficiente y peligrosa, y la educación moral no se concibe sin un credo religioso por base, luego sin enseñanza religiosa no hay educación posible ni instrucción verdaderamente útil, luego la base de todo el edificio de la educación es y tiene que ser el catecismo católico: ellos, sin tocar este raciocinio fundado en la naturaleza de las cosas nos oponen los insultos y la lógica constitucional en virtud de la cual el gobierno no puede ingerirse en asuntos religiosos.

Pero esa lógica tiene por base fundamental un artículo de ley redactado por una junta de partidarios que bien pudo sancionar un enorme disparate, mientras que la nuestra se funda en las necesidades generales y el modo de ser de la humanidad.

Nosotros no nos contentamos con saber si la escuela atea es la única compatible con nuestras instituciones; queremos conocer si es ó no intrínsecamente buena y moralmente posible; porque si es mala en sí é imposible moralmente, y el espíritu de la Constitución no permite la existencia de escuelas oficiales que no sean atecas, más bien que empeñarse en establecer lo malo y lo imposible porque así se presume que lo pensaron los que hicieron la ley, podría nuestro gobierno hacer una de dos cosas, ó no establecer ni conservar escuelas oficiales, ó no atenerse tanto al espíritu de la ley.

Esta cuestión, como tantas otras de análogo carácter, ha sido traída á los pueblos por el dogmatismo intransigente de la escuela liberal primer reformador á quien el mundo ha visto erigir en axiomas, arbitrarias é indemostrables teorías y empeñarse luego en reducir al cartabon de esas teorías los usos, las costumbres, las tradiciones de los pueblos y hasta las más urgentes necesidades sociales.

APUNTES

á la Memoria del Secretario del Tesoro y Crédito nacional.

El señor don Felipe Pérez como Secretario del Tesoro y del Crédito nacional, se propone en su Memoria historiar el negociado de la Deuda exterior desde que Leda puso los dos huevos, es decir, desde 1817, en que don Luis López Méndez fué á Inglaterra como enviado de Bolívar á adquirir recursos para los gastos de la guerra de la Independencia, y refiere á grandes rasgos los empréstitos que celebraron sucesivamente Méndez, Zea, Revenga y Hurtado, hasta que se verificó la division de la Deuda entre las tres Repúblicas que formaron á Colombia, conforme á la Convencion diplomática de 23 de diciembre de 1834.

La parte que correspondió á la Nueva Granada en esta division fué reconocida por la ley granadina de 20 de abril de 1838; pero no habiéndose hecho arreglo alguno con los acreedores hasta 1845, el señor Pérez entra en el exámen del convenio Ordóñez celebrado en aquel año, y refiere que por él fué reconocida la deuda de \$ 33.130.000, á cargo del Tesoro de la República, cuya suma fué dividida por mitad con los nombres de Deuda Activa y Deuda Diferida: la primera procedente del capital y la segunda de los intereses vencidos y no pagados, habiéndose obtenido en esta última una rebaja de \$ 2.319.082-50: La primera ganaba el 6 por 100 y la segunda el 3 por 100. Por este Convenio se pagaron 17 dividendos, y desde 1853 en adelante, no se volvió á

que remedien los de Roma, ni maravillosos obeliscos de pueblos olvidados. Mas ¿qué á tí ¡oh patria! con esas moles gigantescas de piedra que ni el tiempo ni los hombres respetan, cuando los monumentos que tú ostentas son muy más duraderos y gloriosos? Tus monumentos, allí están en tu historia; allí se eleva hasta el cielo tu columna de triunfo; y joyas de tu inmortal diadema, entre otros mil, Bolívar, Sucre, Páez, Miranda: varones esforzados con quienes para protegerla rodeó tu cuna el cielo amigo. ¡Salve, tierra de mis padres, tierra mía, tierra de mis hijos! Tres generaciones de afectos á ti me unen; y te amo por lo pasado, lo presen-

ULTRATUMBA.

¡ Miras en el horizonte.
Esa comarca indistinta
En vagas nieblas envuelta,
De opacas selvas vestida?
¡ Ves ya la patria que temes
Y que esperas; infinita
Region á donde nos llevan
Estos senderos de espinas?
¡ Ves la Eternidad? En ella
Oh! cuántas almas queridas

54/

Adentro, qué de armonías!
Nos dan tristeza esas sombras,
Debiendo darnos envidia!

Ciegos, á la luz tornaron;
Muertos, han vuelto á la vida.
Son los mismos desterrados
Que á nuestro lado venian
Por aquí peregrinando,
Y son otros. La alegría
Tienen del que al fin descansa